

gracias a que el Sr. Wordsworth introdujo la misma idea en la conversación, aunque con más habilidad, y desarrollándola más plenamente; esto es, que dicho estilo poético, que antes caractericé como una traducción de pensamientos prosaicos al lenguaje poético, se ha mantenido, si es que no se originó en su día, por la costumbre de escribir versos latinos, y por la gran importancia que se concede a estos ejercicios en nuestros colegios privados. Con independencia de cuál fuera el caso en el siglo quince, cuando el empleo del latín estaba tan extendido entre los hombres cultos, hasta el punto de que Erasmo, se dice, olvidó su lengua materna, en la actualidad no es razonable suponer que un joven *piense* en latín, o que pueda disponer de otra guía para medir la fuerza y corrección de sus frases que la autoridad de la cual las ha tomado. En consecuencia, ante todo debe organizar sus pensamientos, y luego extraer, de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, o tal más compendiosamente de su *Gradus*²⁸, hemistiquios o cuartos de verso con que revestirlos*.

No tengo nada que objetar a un cierto grado de carácter disputador en un joven de entre diecisiete y veinticuatro o veinticinco años, a condición de que su razonamiento respalde únicamente un lado de la cuestión. Las controversias motivadas por el celo genuino con que defendí el honor de un contemporáneo predilecto²⁹, a quien entonces sólo conocía por sus obras, me fueron de gran utilidad en la formación y establecimiento de mi gusto y mis opiniones críticas. En mi defensa de los versos unidos por encabalgamientos, en lugar de envueltos por el broche del pareado; del lenguaje natural, ni libresco ni vulgar, que no oliera a lámpara ni a desagüe, como «Te recordaré», en lugar de la misma idea disfrazada en las galas andrajosas de

Tu imagen, en su ala,
Traerá la MEMORIA ante los ojos de mi FANTASÍA³⁰,

me veía obligado a aducir continuamente el metro y la dicción de los poetas griegos, de Homero a Teócrito inclusive; y en mayor medida de

* En Nutricia, de Poliziano, aparece esta línea: «Pura coloratos interstrepit unda lapillos.» Hojeando un poema premiado en un concurso universitario, me encuentro con esta línea: «Lactea purpureos interstrepit unda lapillo».

Ahora examinemos el Gradus en busca de «Purus», donde hallaremos que el primer sinónimo es «Lacteus»; busquemos «coloratus», y veremos que el primer sinónimo es «purpureus». Menciono este punto a fin de dilucidar uno de los procesos más ordinarios en la cimentación de estos centones.

nuestros poetas antiguos, de Chaucer a Milton. Pero esto no era todo. Como mi respuesta constante al principio de autoridad que se esgrimía contra mí, y que se apoyaba en poetas posteriores de gran renombre, fuera que ninguna autoridad podía obrar en oposición a la Verdad, la Naturaleza, la Lógica y las Leyes de la Gramática Universal, e impelido, asimismo, por mi antigua pasión por las investigaciones metafísicas, trabajé en la construcción de un cimiento firme sobre el que descansar de manera permanente mis opiniones, y lo hice fijando mi estudio en las facultades que componen la mente humana, y en su dignidad e importancia comparativas. Según la facultad o la fuente de la que se desprendía el placer otorgado por un poema o un pasaje concretos, así yo estimaba el mérito de tal poema o pasaje. Como resultado de mis lecturas y meditaciones, abstraí dos aforismos críticos en los que, a mi juicio, se resumían los rasgos y criterios definitorios del estilo poético; en primer lugar, que no es el poema que hemos *leído*, sino aquel al que *regresamos* con el mayor placer, el que ostenta un poder genuino y merece el nombre de *poesía esencial*. En segundo lugar, que todos aquellos versos que puedan ser traducidos a otras palabras del mismo idioma sin merma de su significado, bien en lo tocante a su sentido, o a su capacidad de asociación, o a cualquier otro sentimiento digno, poseen una dicción viciada. Obsérvese, con todo, que excluí de la lista de emociones dignas el placer que experimenta el lector ante la mera novedad, y el deseo del autor de provocar asombro ante sus poderes. Desde entonces, siempre que me he acercado a una tragedia francesa he añadido por mi cuenta dos signos de admiración al final de cada verso, como signos que señalan la admiración del autor por su propia listeza. La admiración genuina que sentimos por un poeta es una corriente subterránea y regular de emoción; está presente en todas partes, pero aparece en pocas ocasiones y lugares como excitación autónoma. En mi atrevimiento, solía afirmar que era más difícil extraer manualmente una piedra de una pirámide que alterar una palabra, o la posición de una palabra, en Milton o en Shakespeare (en sus obras más importantes, al menos), sin hacer que el autor diga otra cosa de lo que dice, o lo diga de peor manera. Me pareció ver con claridad una gran diferencia entre las imperfecciones de nuestros grandes poetas del pasado y la falsa belleza de los modernos. En aquellos, de Donne a Cowley³¹, hallamos los pensamientos más fantásticos y extravagantes expresados en el inglés más puro y genuino; en éstos, los pensamientos más obvios en un lenguaje tan fantástico como arbitrario. Nuestros imperfectos poetas del pasado sacrificaron la pasión, y el apasionado flujo

de la poesía, para rendirse a las sutilezas del intelecto y los impulsos del ingenio; los modernos, por el contrario, se rindieron a las lentejuelas de una imaginería fracturada y heterogénea, aunque invariable, o más bien a un no sé qué anfibio, hecho en parte de imagen y en parte de abstracción*. Uno sacrificaba el corazón en aras de la cabeza; el otro el corazón y la cabeza en aras de la moraleja y las galas.

El lector debe familiarizarse de antemano con el estilo general de composición que pasaba en aquel tiempo por poesía, a fin de comprender y explicarse el efecto que obraron en mí los *Sonetos*, la «Monodia en Matlock», y «Esperanza», del Sr. Bowles; pues es un rasgo peculiar del genio original el que se vuelva menos y menos *sorprendente* cuanto más éxito tenga en su tarea de refinar el gusto y el juicio de sus contemporáneos. Los poemas de West tenían, sin duda, el mérito de una dicción sobria y viril, pero eran fríos, y, si se me permite la expresión, de *colores inertes*; mientras que en lo mejor de Wharton hay una rigidez que hace que sus piezas se confundan a menudo con traducciones del griego³². Sea cual fuere la relación de causa o impulso que haya entre el compendio de *Baladas* de Percy³³ y los poemas más *populares* de nuestra época, fueron dos poetas entonces en activo, Bowles y Cowper†, los que, gracias un estilo más sostenido y elevado, aunaron por vez primera la naturalidad en el pensamiento y en la dicción; los primeros que reconciliaron el corazón con la cabeza³⁴.

Es cierto, como ya he mencionado, que, por apocamiento y falta de confianza en mis propios poderes, durante un breve tiempo adopté una dicción laboriosa y florida que yo mismo estimaba, si no viciada de raíz, sí no obstante de valor muy inferior. Gradualmente, sin embargo, mi práctica se ajustó a mi juicio crítico; y las composiciones de mis veinticuatro y mis veinticinco años (por ejemplo, las piezas más breves en verso blanco, los versos que ahora aparecen en la sección introduc-

* Recuerdo un ejemplo absurdo en el poema de un joven comerciante:

Ya nunca más soportaré el grato dolor del amor
Ni en el tobillo de mi corazón sus mortificantes grilletes.

† El poema *La tarea* (The Task), de Cowper, se publicó algún tiempo antes que los sonetos del Sr. Bowles; pero hube de esperar algunos años a familiarizarme con el poema. Aunque es probable que la vena satírica que recorre este excelente poema, unida al matiz sombrío de sus opiniones religiosas, hubiera prevenido, en aquel tiempo, que echara raíces en mi afecto. El amor por la naturaleza parece haber conducido a Thomson a una religiosidad alegre y jovial; y una religiosidad melancólica parece haber conducido a Cowper a un sentimiento de amor por la naturaleza. Uno se adentra en la naturaleza acompañado de sus prójimos; el otro se adentra en la naturaleza para huir de sus prójimos. En lo relativo a la sobriedad de la dicción, no obstante, y la armonía de su verso blanco, Cowper va muy por delante de Thomson; con todo, mi sensación es que, de los dos, Thomson era el poeta innato.

toria de la «Visión» en la versión final de *Juana de Arco*, del Sr. Southey, libro segundo, primera edición, y la tragedia *Remordimiento*)³⁵ no están más por debajo de mi ideal en lo que toca al tejido general del estilo que otros versos posteriores de mi autoría. Sus imperfecciones eran, en cualquier caso, restos de la antigua levadura, y entre los muchos que me han concedido el honor de emplazar mis poemas en la misma clase que los de mis maestros, aquél o aquellos que han tratado de extraer de mi libro ejemplos de afectada simplicidad sólo han podido aducir un ejemplo, y éste extraído de un grupo de versos, medio disparatados y medio displicentes, que yo mismo concebí y caractericé como *sermioni propria*³⁶.

Toda reforma, por necesaria que sea, se verá llevada por mentes débiles a un exceso que exigirá a su vez nuevas reformas. El lector me disculpará si hago notar que fui el primero en exponer *risu honesto*³⁷ los tres pecados poéticos que más pueden aquejar a un escritor joven. Hace mucho tiempo, tanto que debo remontarme al segundo número del *Monthly Magazine*, publiqué con el seudónimo de Nehemiah Higgen-Bottom tres sonetos, el primero de los cuales tenía por objeto reírse sin malicia del espíritu del *egotismo lastimoso*, y de la recurrencia de ciertas frases predilectas, aquejadas del doble defecto de ser a la vez trilladas y licenciosas. El segundo, con la excusa de la simplicidad, está escrito en un lenguaje bajo y rastroso, digna de las ideas que expresa. Y el tercero, cuyas frases están tomadas enteramente de mis propios poemas, se centra en el uso indiscriminado de un lenguaje y una imaginación hinchados y elaborados. El lector los encontrará en la nota*, y

SONETO I

*Pensativo al atardecer, reflexionaba sobre el duro mundo,
Y estaba triste mi pobre corazón; así que alcé la vista
Hacia la LUNA. y suspiré, suspiré; pues, ah, cuán pronto
Se entristece el crepúsculo y naufraga en la noche: mis ojos contemplaron
Con lloroso vacío la hierba humedecida
Que lloraba, fulgente, bajo el pálido rayo:
E hice un alto, en mi camino solitario,
Y pensé para mí en los que cruzan, infelices,
El desolado páramo de la tristeza. Mas, ¡ay!,
Más pensaba en mí, cuando sucedió entonces
Que el espíritu amable de la jovial floresta
Me susurró al oído: «Todo eso está muy bien,
Pero no hay NADA bueno en tener tanto de UNA cosa.»
¡Ah qué TEMPLOR INEXPLICABLE el de mi pobre corazón!*

SONETO II

¡Oh cuánto yo te adoro, apacible SIMPLICIDAD!